

Honoré de Balzac
La Misa del Ateo

E LEJANDRIA

The background of the cover is a painting of a church interior. In the foreground, a person is seen from behind, sitting on a wooden bench. They are looking towards the altar, which is brightly lit and features a crucifix and various religious objects. The overall atmosphere is somber and contemplative, with a warm, golden light emanating from the altar area.

Honoré de Balzac
La Misa del Ateo

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA MISA DEL ATEO

HONORÉ DE BALZAC

PUBLICADO: 1836

FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: A. HOUSSIAUX, PARÍS, 1855

LA MISA DEL ATEO

DEDICADO A AUGUSTE BORGET,

Por su amigo

de Balzac.

Un médico a quien la ciencia debe una hermosa teoría fisiológica, y que, joven aún, se colocó entre las celebridades de la Escuela de París, centro de luces al que los médicos de Europa rinden homenaje, el doctor Bianchon, practicó durante mucho tiempo la cirugía antes de entregarse a la medicina. Sus primeros estudios fueron dirigidos por uno de los más grandes cirujanos franceses, por el ilustre Desplein, que pasó como un meteoro por la ciencia. Según confesión de sus enemigos, se llevó a la tumba un método intransmisible. Como todos los hombres de genio, no tuvo herederos: lo llevaba y se lo llevaba todo consigo. La gloria de los cirujanos se parece a la de los actores, que solo existen mientras viven y cuyo talento ya no es apreciable en cuanto han desaparecido. Los actores y los cirujanos, como también los grandes cantantes, como los virtuosos que decuplican con su ejecución la potencia de la música, son todos héroes del momento. Desplein ofrece la prueba de esta similitud entre el destino de estos genios transitorios. Su nombre, ayer tan célebre, hoy casi olvidado,

permanecerá en su especialidad sin franquear sus límites. Pero, ¿no hacen falta circunstancias inauditas para que el nombre de un sabio pase de la ciencia a la historia general de la humanidad? ¿Tenía Desplein esa universalidad de conocimientos que hace de un hombre el verbo o la figura de un siglo? Desplein poseía un golpe de vista divino: penetraba al enfermo y su enfermedad por una intuición adquirida o natural que le permitía abarcar los diagnósticos particulares del individuo, determinar el momento preciso, la hora, el minuto en el que había que operar, teniendo en cuenta las circunstancias atmosféricas y las particularidades del temperamento. Para caminar así de consuno con la Naturaleza, ¿había estudiado, pues, la incesante unión de los seres y de las sustancias elementales contenidas en la atmósfera o que la tierra suministra al hombre que las absorbe y las prepara para sacar de ellas una expresión particular? ¿Procedía por esa potencia de deducción y de analogía a la que se debe el genio de Cuvier? Sea como fuere, este hombre se había hecho el confidente de la Carne; la atrapaba tanto en el pasado como en el porvenir, apoyándose en el presente. Pero, ¿resumió toda la ciencia en su persona como hicieron Hipócrates, Galeno o Aristóteles? ¿Condujo a toda una escuela hacia mundos nuevos? No. Si es imposible negar a este perpetuo observador de la química humana la antigua ciencia del Magismo, es decir, el conocimiento de los principios en fusión, las causas de la vida, la vida antes de la vida, lo que será por sus preparaciones antes de ser, desgraciadamente todo en él fue personal: aislado en su vida por el egoísmo, el egoísmo suicida hoy su gloria. Su tumba no está coronada por la estatua sonora que repite al futuro los misterios que el Genio busca a su costa.

Pero tal vez el talento de Desplein era solidario de sus creencias y, consecuentemente, mortal. Para él, la atmósfera terrestre era un saco generador: veía la tierra como un huevo en su cáscara, y no pudiendo saber quién, si el huevo o la gallina, había comenzado, no admitía ni el gallo ni el huevo. No creía ni en el animal anterior ni en el espíritu posterior al hombre. Desplein no estaba en la duda, afirmaba. Su ateísmo puro y franco se parecía al de muchos sabios,

las mejores personas del mundo, pero invenciblemente ateos, ateos como la gente religiosa no admite que pueda haber ateos. Esta opinión no podía ser de otro modo en un hombre habituado desde su juventud a diseccionar al ser por excelencia, antes, durante y después de la vida, a registrarlo en todos sus aparatos sin encontrar esa alma única, tan necesaria para las teorías religiosas.

Reconociendo en él un centro cerebral, un centro nervioso y un centro aerosanguíneo, de los cuales los dos primeros se suplen tan bien el uno al otro que tuvo en los últimos días de su vida la convicción de que el sentido del oído no era absolutamente necesario para oír, ni el sentido de la vista absolutamente necesario para ver, y que el plexo solar los reemplazaba sin que se pudiera dudar de ello, Desplein, al encontrar dos almas en el hombre, corroboró su ateísmo con este hecho, aunque no prejuzgase nada todavía sobre Dios. Este hombre murió, según dicen, en la impenitencia final en la que mueren desgraciadamente muchos bellos genios, a quienes Dios quizá perdone.

La vida de este hombre tan grande ofrecía muchas pequeñeces, por emplear la expresión de la que se servían sus enemigos, celosos de disminuir su gloria, pero que sería más conveniente llamar contrasentidos aparentes. Al no tener jamás conocimiento de las determinaciones por las que actúan los espíritus superiores, los envidiosos o los necios se arman enseguida de algunas contradicciones superficiales para levantar un acta de acusación sobre la cual los hacen juzgar momentáneamente. Si, más tarde, el éxito corona las combinaciones atacadas, mostrando la correlación de los preparativos y de los resultados, subsiste siempre algo de las calumnias de vanguardia. Así, en nuestros días, Napoleón fue condenado por sus contemporáneos cuando desplegaba las alas de su águila sobre Inglaterra: hizo falta 1816 para explicar 1804 y las barcasas de Boulogne.

En Desplein, siendo la gloria y la ciencia inatacables, sus enemigos se la tomaban con su humor extraño, con su carácter; mientras que él poseía sencillamente esa cualidad que los ingleses llaman *excentricity*. Tan pronto soberbiamente vestido como Crébillon el

trágico, tan pronto afectaba una singular indiferencia en materia de vestimenta; se le veía ora en coche, ora a pie. Alternativamente brusco y bondadoso, en apariencia áspero y avaro, pero capaz de ofrecer su fortuna a sus maestros exiliados que le hicieron el honor de aceptarla durante algunos días, ningún hombre ha inspirado juicios más contradictorios. Aunque capaz, para obtener un cordón negro que los médicos no hubieran debido ambicionar, de dejar caer en la corte un libro de horas de su bolsillo, creed que se burlaba en sus adentros de todo; sentía un profundo desprecio por los hombres, después de haberlos observado de arriba abajo, después de haberlos sorprendido en su verdadera expresión, en medio de los actos de la existencia más solemnes y más mezquinos. En un gran hombre, las cualidades son a menudo solidarias. Si, entre estos colosos, alguno tiene más talento que ingenio, su ingenio es aún más extenso que el de aquel de quien se dice simplemente: «Tiene ingenio». Todo genio supone una visión moral. Esta visión puede aplicarse a alguna especialidad; pero quien ve la flor, debe ver el sol. Aquel que oyó a un diplomático, salvado por él, preguntar: «¿Cómo está el Emperador?», y que respondió: «¡El cortesano vuelve, el hombre seguirá!», ese no es solamente cirujano o médico, es también prodigiosamente ingenioso. Así, el observador paciente y asiduo de la humanidad legitimará las pretensiones exorbitantes de Desplein y lo creerá, como él se creía a sí mismo, apto para ser un ministro tan grande como lo era cirujano.

Entre los enigmas que presenta a los ojos de varios contemporáneos la vida de Desplein, hemos elegido uno de los más interesantes, porque la clave se hallará en la conclusión del relato, y lo vengará de algunas tontas acusaciones.

De todos los alumnos que Desplein tuvo en su hospital, Horace Bianchon fue uno de los que más vivamente se vinculó a él. Antes de ser interno en el Hôtel-Dieu, Horace Bianchon era un estudiante de medicina, alojado en una miserable pensión del barrio latino, conocida bajo el nombre de Casa Vauquer. Este pobre joven sentía allí los embates de esa ardiente miseria, especie de crisol de donde los grandes talentos deben salir puros e incorruptibles como

diamantes que pueden ser sometidos a todos los choques sin romperse. Al fuego violento de sus pasiones desencadenadas, adquieren la probidad más inalterable, y contraen el hábito de las luchas que esperan al genio, mediante el trabajo constante en el cual han cercado sus apetitos engañados. Horace era un joven recto, incapaz de tergiversar en las cuestiones de honor, yendo sin rodeos al grano, dispuesto a empeñar su abrigo por sus amigos, así como a darles su tiempo y sus vigiliass. Horace era, en fin, uno de esos amigos que no se inquietan por lo que reciben a cambio de lo que dan, seguros de recibir a su vez más de lo que darán. La mayoría de sus amigos sentían por él ese respeto interior que inspira una virtud sin énfasis, y varios de ellos temían su censura. Pero estas cualidades, Horace las desplegaba sin pedantería. Ni puritano ni sermoneador, juraba con gracia al dar un consejo, y se corría gustoso una buena juerga cuando la ocasión se presentaba. Buen compañero, no más mojigato de lo que lo es un coracero, llano y franco, no como un marino, pues el marino de hoy es un astuto diplomático, sino como un valiente joven que no tiene nada que disfrazar en su vida, caminaba con la cabeza alta y el pensamiento risueño. En fin, para expresarlo todo en una palabra, Horace era el Píldes de más de un Orestes, tomándose hoy a los acreedores como la figura más real de las Furias antiguas. Llevaba su miseria con esa alegría que tal vez es uno de los mayores elementos del valor y, como todos los que no tienen nada, contraía pocas deudas. Sobrio como un camello, alerta como un ciervo, era firme en sus ideas y en su conducta.

La vida feliz de Bianchon comenzó el día en que el ilustre cirujano adquirió la prueba de las cualidades y de los defectos que, unos tan bien como otros, hacen doblemente precioso para sus amigos al doctor Horace Bianchon. Cuando un jefe de clínica toma bajo su protección a un joven, este joven tiene, como se dice, el pie en el estribo. Desplein no dejaba de llevarse a Bianchon para hacerse asistir por él en las casas opulentas donde casi siempre alguna gratificación caía en la escarcela del interno, y donde se revelaban insensiblemente al provinciano los misterios de la vida parisina; lo

guardaba en su gabinete durante sus consultas y lo empleaba allí; a veces, lo enviaba a acompañar a un enfermo rico a las Aguas; en fin, le preparaba una clientela. Resulta de esto que, al cabo de cierto tiempo, el tirano de la cirugía tuvo un Seid. Estos dos hombres, uno en la cima de los honores y de su ciencia, gozando de una inmensa fortuna y de una inmensa gloria; el otro, modesto Omega, no teniendo ni fortuna ni gloria, se hicieron íntimos. El gran Desplein decía todo a su interno; el interno sabía si tal mujer se había sentado en una silla junto al maestro, o en el famoso canapé que se encontraba en el gabinete y sobre el cual Desplein dormía: Bianchon conocía los misterios de este temperamento de león y de toro, que acabó por ensanchar, amplificar desmesuradamente el busto del gran hombre, y causó su muerte por el desarrollo del corazón. Estudió las rarezas de esta vida tan ocupada, los proyectos de esta avaricia tan sórdida, las esperanzas del hombre político oculto en el sabio; pudo prever las decepciones que esperaban al único sentimiento enterrado en este corazón menos de bronce que bronceado.

Un día, Bianchon dijo a Desplein que un pobre aguador del barrio de Saint-Jacques tenía una horrible enfermedad causada por las fatigas y la miseria; este pobre auvernés no había comido más que patatas en el gran invierno de 1821. Desplein dejó a todos sus enfermos. A riesgo de reventar su caballo, voló, seguido de Bianchon, a casa del pobre hombre y lo hizo transportar él mismo a la casa de salud establecida por el célebre Dubois en el faubourg Saint-Denis. Fue a cuidar a este hombre, al cual dio, cuando lo hubo restablecido, la suma necesaria para comprar un caballo y un tonel. Este auvernés se distinguió por un rasgo original. Un amigo suyo cae enfermo, lo lleva prontamente a casa de Desplein, diciendo a su bienhechor:

—No habría consentido que fuese a ver a otro.

Por muy arisco que fuera, Desplein estrechó la mano del aguador y le dijo:

—Tráemelos a todos.

E hizo entrar al hijo del Cantal en el Hôtel-Dieu, donde tuvo el mayor cuidado con él. Bianchon había notado ya varias veces en su jefe una predilección por los auverneses y sobre todo por los aguadores; pero, como Desplein ponía una especie de orgullo en sus tratamientos del Hôtel-Dieu, el alumno no veía en ello nada demasiado extraño.

Un día, al atravesar la plaza de Saint-Sulpice, Bianchon percibió a su maestro entrando en la iglesia hacia las nueve de la mañana. Desplein, que no daba nunca entonces un paso sin su cabriolé, iba a pie y se deslizaba por la puerta de la calle del Petit-Lion, como si hubiera entrado en una casa sospechosa. Naturalmente presa de la curiosidad, el interno, que conocía las opiniones de su maestro, y que era «Cabanista endiablado con y griega» (lo que parece en Rabelais una superioridad de diablura), Bianchon se deslizó en Saint-Sulpice, y no se asombró poco al ver al gran Desplein, ese ateo sin piedad para con los ángeles que no ofrecen punto de agarre a los bisturís y no pueden tener ni fístulas ni gastritis, en fin, ese intrépido burlón, humildemente arrodillado, y ¿dónde?... en la capilla de la Virgen, ante la cual escuchó una misa, dio para los gastos del culto, dio para los pobres, permaneciendo serio como si se hubiese tratado de una operación.

«No venía, ciertamente, a aclarar cuestiones relativas al parto de la Virgen —decía Bianchon, cuyo asombro no tenía límites—. Si lo hubiera visto sosteniendo, en el Corpus Christi, uno de los cordones del palio, no habría habido más que reírse; pero a esta hora, solo, sin testigos, ¡hay, ciertamente, en qué pensar!».

Bianchon no quiso tener el aire de espiar al primer cirujano del Hôtel-Dieu, y se fue. Por casualidad, Desplein lo invitó ese mismo día a cenar con él, fuera de su casa, en un restaurante.

Entre la pera y el queso, Bianchon llegó, mediante hábiles preparaciones, a hablar de la misa, calificándola de momería y de farsa.

—Una farsa —dijo Desplein— que ha costado más sangre a la cristiandad que todas las batallas de Napoleón y que todas las sanguijuelas de Broussais. La misa es una invención papal que no se remonta más allá del siglo VI, y que se ha basado en el *Hoc est corpus*. ¡Cuántos torrentes de sangre no ha hecho falta verter para establecer la Fête-Dieu, por cuya institución la corte de Roma ha querido constatar su victoria en el asunto de la Presencia Real, cisma que durante tres siglos ha turbado a la Iglesia! Las guerras del conde de Toulouse y los albigenses son la cola de este asunto. Los valdenses y los albigenses se negaban a reconocer esta innovación.

En fin, Desplein sintió placer al entregarse a toda su verba de ateo, y fue un flujo de bromas voltairianas, o, para ser más exacto, una detestable falsificación del *Citateur*.

«¡Vaya! —se dijo Bianchon para sus adentros—, ¿dónde está mi devoto de esta mañana?».

Guardó silencio; dudó de haber visto a su jefe en Saint-Sulpice. Desplein no se habría tomado la molestia de mentir a Bianchon: se conocían demasiado bien los dos, habían intercambiado ya pensamientos sobre puntos igual de graves, discutido sistemas de *natura rerum* sondeándolos o diseccionándolos con los cuchillos y el bisturí de la Incredulidad.

Pasaron tres meses. Bianchon no dio seguimiento a este hecho, aunque quedase grabado en su memoria. En aquel año, un día, uno de los médicos del Hôtel-Dieu tomó a Desplein por el brazo delante de Bianchon, como para interrogarle.

—¿Qué iba usted a hacer pues a Saint-Sulpice, mi querido maestro? —le dijo.

—A ver a un sacerdote que tiene una caries en la rodilla, y que la señora duquesa de Angulema me ha hecho el honor de recomendarme —dijo Desplein.

El médico se conformó con esta excusa, pero no Bianchon.

«¡Ah, va a ver rodillas enfermas a la iglesia! Iba a oír su misa», se dijo el interno.

Bianchon se prometió vigilar a Desplein; recordó el día y la hora a los que lo había sorprendido entrando en Saint-Sulpice, y se prometió ir al año siguiente el mismo día y a la misma hora, a fin de saber si lo sorprendería allí todavía. En ese caso, la periodicidad de su devoción autorizaría una investigación científica, pues no debía encontrarse en un hombre semejante una contradicción directa entre el pensamiento y la acción.

Al año siguiente, en el día y hora dichos, Bianchon, que ya no era el interno de Desplein, vio el cabriolé del cirujano deteniéndose en la esquina de la calle de Tournon y de la del Petit-Lion, desde donde su amigo se fue jesuíticamente a lo largo de los muros hasta Saint-Sulpice, donde oyó de nuevo su misa en el altar de la Virgen. ¡Era ciertamente Desplein! El cirujano jefe, el ateo *in petto*, el devoto por casualidad. La intriga se embrollaba. La persistencia de este ilustre sabio lo complicaba todo. Cuando Desplein hubo salido, Bianchon se acercó al sacristán que vino a recoger la capilla, y le preguntó si ese señor era un habitual.

—Hace veinte años que estoy aquí —dijo el sacristán—, y desde ese tiempo el señor Desplein viene cuatro veces al año a oír esta misa; él la ha fundado.

—¡Una fundación hecha por él! —dijo Bianchon alejándose—. Esto vale tanto como el misterio de la Inmaculada Concepción, una cosa que, por sí sola, debe volver incrédulo a un médico.

Pasó algún tiempo sin que el doctor Bianchon, aunque amigo de Desplein, estuviera en posición de hablarle de esta particularidad de su vida. Si se encontraban en consulta o en sociedad, era difícil hallar ese momento de confianza y de soledad en el que uno permanece con los pies sobre los morillos, la cabeza apoyada en el respaldo de un sillón, y durante el cual dos hombres se dicen sus secretos. Finalmente, a siete años de distancia, tras la revolución de 1830, cuando el pueblo se lanzaba sobre el Arzobispado, cuando las

inspiraciones republicanas le empujaban a destruir las cruces doradas que despuntaban, como relámpagos, en la inmensidad de ese océano de casas; cuando la Incredulidad, codo con codo con el Motín, se pavoneaba por las calles, Bianchon sorprendió a Desplein entrando de nuevo en Saint-Sulpice. El doctor lo siguió, se puso cerca de él, sin que su amigo le hiciera el menor signo o atestiguase la menor sorpresa. Ambos oyeron la misa de fundación.

—¿Me dirá usted, querido amigo —dijo Bianchon a Desplein cuando salieron de la iglesia—, la razón de su capuchinada? ¡Le he sorprendido ya tres veces yendo a misa, a usted! Me dará razón de este misterio y me explicará este desacuerdo flagrante entre sus opiniones y su conducta. ¡Usted no cree en Dios, y va a misa! Mi querido maestro, está obligado a responderme.

—Me parezco a muchos devotos, a hombres profundamente religiosos en apariencia, pero tan ateos como podemos serlo nosotros, usted y yo.

Y fue un torrente de epigramas sobre algunos personajes políticos, cuyo más conocido nos ofrece en este siglo una nueva edición del *Tartufo* de Molière.

—No le pregunto todo eso —dijo Bianchon—; quiero saber la razón de lo que acaba de hacer aquí, por qué ha fundado esta misa.

—A fe mía, mi querido amigo —dijo Desplein—, estoy al borde de mi tumba, bien puedo hablarle de los comienzos de mi vida.

En ese momento, Bianchon y el gran hombre se encontraban en la calle de los Quatre-Vents, una de las calles más horribles de París. Desplein señaló el sexto piso de una de esas casas que se parecen a un obelisco, cuya puerta bastarda da a un pasillo al final del cual hay una tortuosa escalera iluminada por tragaluces justamente llamados «días de sufrimiento». Era una casa verdosa, en cuya planta baja habitaba un vendedor de muebles, y que parecía alojar en cada uno de sus pisos una miseria diferente. Levantando el brazo con un movimiento lleno de energía, Desplein dijo a Bianchon:

—¡He vivido allá arriba dos años!

—Lo sé, d'Arthez vivió allí; yo vine casi todos los días durante mi primera juventud; ¡lo llamábamos entonces el «frasco de los grandes hombres»! ¿Y después?

—La misa que acabo de oír está ligada a acontecimientos que se cumplieron cuando yo habitaba la mansarda donde usted me dice que vivió d'Arthez, aquella en cuya ventana flota una cuerda cargada de ropa por encima de una maceta de flores. Tuve tan rudos comienzos, mi querido Bianchon, que puedo disputar a quien sea la palma de los sufrimientos parisinos. Lo he soportado todo: hambre, sed, falta de dinero, falta de ropa, de calzado y de lencería, todo lo que la miseria tiene de más duro. He soplado sobre mis dedos entumecidos en ese «frasco de los grandes hombres», que me gustaría volver a ver con usted. He trabajado durante un invierno viendo humear mi cabeza, y distinguiendo el aire de mi transpiración como vemos el de los caballos en un día de helada. No sé de dónde se saca el punto de apoyo para resistir a esta vida. Estaba solo, sin socorro, sin un sueldo ni para comprar libros ni para pagar los gastos de mi educación médica; sin un amigo: mi carácter irascible, receloso, inquieto, me perjudicaba. Nadie quería ver en mis irritaciones el malestar y el trabajo de un hombre que, desde el fondo del estado social donde está, se agita para llegar a la superficie. Pero tenía, puedo decírselo a usted, ante quien no necesito engalanarme, tenía ese lecho de buenos sentimientos y de sensibilidad viva que será siempre el patrimonio de los hombres lo bastante fuertes para trepar a una cima cualquiera, tras haber pataleado largo tiempo en las ciénagas de la Miseria. No podía sacar nada de mi familia, ni de mi región, más allá de la insuficiente pensión que me pasaban. En fin, en aquella época, comía por la mañana un panecillo que el panadero de la calle del Petit-Lion me vendía más barato porque era de la víspera o de la antevíspera, y lo desmigajaba en leche: mi comida de la mañana no me costaba así más que dos sueldos. No cenaba más que cada dos días en una pensión donde la cena costaba dieciséis sueldos. Así no gastaba más que nueve sueldos por día. ¡Usted sabe tan bien como yo qué cuidado podía tener de mi ropa y de mi calzado! No sé si más tarde

experimentamos tanta pena por la traición de un colega como la que hemos experimentado, usted como yo, al percibir la mueca risueña de un zapato que se descose, al oír crujir la sisa de una levita. No bebía más que agua, tenía el mayor respeto por los Cafés. Zoppi se me aparecía como una tierra prometida donde solo los Lúculos del país latino tenían derecho de presencia. «¿Podré alguna vez —me decía a veces— tomar allí una taza de café con crema, jugar allí una partida de dominó?». En fin, volcaba en mis trabajos la rabia que me inspiraba la miseria. Trataba de acaparar conocimientos positivos a fin de tener un inmenso valor personal, para merecer el puesto al que llegaría el día en que hubiera salido de mi nada. Consumía más aceite que pan: la luz que me alumbraba durante esas noches obstinadas me costaba más cara que mi alimento. Este duelo ha sido largo, obstinado, sin consuelo. No despertaba ninguna simpatía a mi alrededor. Para tener amigos, ¿no hace falta relacionarse con jóvenes, poseer algunos sueldos para ir a de parranda con ellos, ir juntos a todas partes donde van los estudiantes? ¡Yo no tenía nada! Y nadie en París se figura que nada es nada. Cuando se trataba de descubrir mis miserias, experimentaba en la garganta esa contracción nerviosa que hace creer a nuestros enfermos que les sube una bola del esófago a la laringe. Más tarde he encontrado a gentes de esas, nacidas ricas, que, no habiendo carecido nunca de nada, no conocen el problema de esta regla de tres: «Un joven es al crimen como una pieza de cien sueldos es a x». Estos imbéciles dorados me dicen: «¿Por qué contraía deudas? ¿Por qué contraía obligaciones onerosas?». Me producen el efecto de esa princesa que, sabiendo que el pueblo moría de hambre, decía: «¿Por qué no compran brioche?». Me gustaría ver a uno de esos ricos, que se queja de que le cobro demasiado caro cuando hay que operarlo, solo en París, sin blanca ni malla, sin un amigo, sin crédito, y forzado a trabajar con sus cinco dedos para vivir. ¿Qué haría? ¿Dónde iría a apaciguar su hambre?

»Bianchon, si me ha visto usted algunas veces amargo y duro, superponía entonces mis primeros dolores sobre la insensibilidad, sobre el egoísmo de los cuales he tenido miles de pruebas en las

altas esferas; o bien pensaba en los obstáculos que el odio, la envidia, los celos, la calumnia han elevado entre el éxito y yo. En París, cuando ciertas gentes os ven listos para poner el pie en el estribo, unos os tiran del faldón de la casaca, otros sueltan la hebilla de la cincha para que os rompáis la cabeza al caer; este os desherra el caballo, aquel os roba el látigo: el menos traidor es el que veis venir para dispararos un pistoletazo a quemarropa. Tiene usted bastante talento, mi querido muchacho, para conocer pronto la batalla horrible, incesante, que la mediocridad libra al hombre superior. Si pierde veinticinco luses una noche, al día siguiente será acusado de ser un jugador, y sus mejores amigos dirán que ha perdido la víspera veinticinco mil francos. Tenga dolor de cabeza, pasará por un loco. Tenga una vivacidad, será insociable. Si, para resistir a ese batallón de pigmeos, reúne en usted fuerzas superiores, sus mejores amigos exclamarán que quiere devorarlo todo, que tiene la pretensión de dominar, de tiranizar. En fin, sus cualidades se convertirán en defectos, sus defectos se convertirán en vicios, y sus virtudes serán crímenes. Si ha salvado a alguien, lo habrá matado; si su enfermo reaparece, constará que habrá asegurado el presente a expensas del futuro; si no ha muerto, morirá. ¡Tropiece, y habrá caído! Invente lo que sea, reclame sus derechos, será un hombre problemático, un hombre astuto, que no quiere dejar llegar a los jóvenes. Así, querido amigo, si no creo en Dios, creo todavía menos en el hombre. ¿No conoce usted en mí a un Desplein enteramente diferente del Desplein de quien todos maldicen? Pero no hurguemos en ese montón de lodo.

»Así pues, vivía en esa casa, estaba trabajando para poder pasar mi primer examen, y no tenía un ochavo. ¡Ya sabe! Había llegado a una de esas últimas extremidades donde uno se dice: "¡Me alistaré!". Tenía una esperanza. Esperaba de mi pueblo un baúl lleno de ropa, un regalo de esas viejas tías que, no conociendo nada de París, piensan en sus camisas, imaginándose que con treinta francos al mes su sobrino come hortelanos. El baúl llegó mientras yo estaba en la Escuela: había costado cuarenta francos de porte; el portero, un zapatero alemán alojado en un entresuelo, los había pagado y

retenía el baúl. Me paseé por la calle de los Fossés-Saint-Germain-des-Prés y por la calle de l'École-de-Médecine, sin poder inventar una estratagema que me entregase mi baúl sin estar obligado a dar los cuarenta francos que habría pagado naturalmente después de haber vendido la ropa. Mi estupidez me hizo adivinar que no tenía otra vocación que la cirugía. Querido amigo, las almas delicadas, cuya fuerza se ejerce en una esfera elevada, carecen de ese espíritu de intriga, fértil en recursos, en combinaciones; su genio, el de ellas, es el azar: no buscan, encuentran.

»En fin, volví por la noche, en el momento en que regresaba mi vecino, un aguador llamado Bourgeat, un hombre de Saint-Flour. Nos conocíamos como se conocen dos inquilinos que tienen cada uno su habitación en el mismo rellano, que se oyen durmiendo, tosiendo, vistiéndose, y que acaban por habituarse el uno al otro. Mi vecino me informó de que el propietario, al cual debía tres plazos, me había puesto de patitas en la calle: tendría que largarme al día siguiente. Él mismo era expulsado a causa de su profesión. Pasé la noche más dolorosa de mi vida. "¿De dónde sacar un mozo de cordel para llevar mi pobre ajuar, mis libros? ¿Cómo pagar al mozo y al portero? ¿Adónde ir?". Estas cuestiones insolubles, las repetía entre lágrimas, como los locos repiten sus estribillos. Me dormí. La miseria tiene a su favor un divino sueño lleno de hermosos sueños. A la mañana siguiente, en el momento en que comía mi escudilla de pan desmigado en mi leche, entra Bourgeat y me dice en mal francés:

»—Cheñor estudiante, che choy un pobre hombre, niño expósito del hospital de Chain-Flour, chin padre ni madre, y que no che choy lo bastante rico para casarme. ¿Usted tampoco es fértil en parientes, ni está guarnecido de lo que che cuenta? Escuche, tengo abajo una carreta de mano que he alquilado a dos chueudos la hora, todas nuestras cosas pueden caber ahí; si quiere, buscaremos alojarnos en compañía, ya que chomos echados de aquí. Che no es, después de todo, el paraíso terrenal.

»—Lo sé bien —le dije—, mi buen Bourgeat. Pero estoy muy embarazado, tengo abajo un baúl que contiene cien escudos en

ropa, con el cual podría pagar al propietario y lo que debo al portero, y no tengo cien sueldos.

»—¡Bah! Tengo algunas monedillas —me respondió alegremente Bourgeat mostrándome una vieja bolsa de cuero mugriento—. Guarde su ropa.

»Bourgeat pagó mis tres plazos, el suyo, y saldó al portero. Luego, puso nuestros muebles y mi ropa en su carreta, y la arrastró por las calles deteniéndose ante cada casa donde colgaba un cartel. Yo subía para ir a ver si el local en alquiler podía convenirnos. A mediodía errábamos todavía por el barrio latino sin haber encontrado nada. El precio era un gran obstáculo. Bourgeat me propuso almorzar en casa de un vendedor de vino, a cuya puerta dejamos la carreta. Hacia la noche, descubrí en la cour de Rohan, pasaje del Commerce, en lo alto de una casa, bajo los tejados, dos habitaciones separadas por la escalera. Tuvimos cada una por sesenta francos de alquiler al año. He aquí que nos instalamos, yo y mi humilde amigo. Cenamos juntos. Bourgeat, que ganaba alrededor de cincuenta sueldos por día, poseía unos cien escudos; iba pronto a poder realizar su ambición comprando un tonel y un caballo. Al enterarse de mi situación, pues me sacó mis secretos con una profundidad ladina y una bonhomía cuyo recuerdo me conmueve aún hoy el corazón, renunció por algún tiempo a la ambición de toda su vida: Bourgeat era aguador desde hacía veintidós años, sacrificó sus cien escudos a mi futuro.

Aquí Desplein apretó violentamente el brazo de Bianchon.

—¡Me dio el dinero necesario para mis exámenes! Este hombre, mi amigo, comprendió que yo tenía una misión, que las necesidades de mi inteligencia pasaban antes que las suyas. Se ocupó de mí, me llamaba su pequeño, me prestó el dinero necesario para mis compras de libros, venía algunas veces muy suavemente a verme trabajar; en fin, tomó precauciones maternas para que yo sustituyese la comida insuficiente y mala a la que estaba condenado, por una comida sana y abundante. Bourgeat, hombre de unos cuarenta años, tenía un rostro burgués de la Edad Media, una frente

abombada, una cabeza que un pintor habría podido hacer posar como modelo para un Licurgo. El pobre hombre sentía el corazón lleno de afectos para colocar; no había sido amado nunca más que por un caniche muerto hacía poco tiempo, y del cual me hablaba siempre preguntándome si creía que la Iglesia consentiría en decir misas por el reposo de su alma. Su perro era, decía, un verdadero cristiano, que, durante doce años, le había acompañado a la iglesia sin haber ladrado nunca, escuchando los órganos sin abrir la boca, y permaneciendo agazapado cerca de él con un aire que le hacía creer que rezaba con él. Este hombre volcó sobre mí todos sus afectos: me aceptó como un ser solo y sufriente; se convirtió para mí en la madre más atenta, el bienhechor más delicado, en fin, el ideal de esa virtud que se complace en su obra. Cuando lo encontraba en la calle, me lanzaba una mirada de inteligencia llena de una inconcebible nobleza: afectaba entonces caminar como si no llevara nada, parecía feliz de verme con buena salud, bien vestido. Fue, en fin, la abnegación del pueblo, el amor de la griseta trasladado a una esfera elevada. Bourgeat hacía mis recados, me despertaba por la noche a las horas dichas, limpiaba mi lámpara, frotaba nuestro rellano; tan buen criado como buen padre, y limpio como una chica inglesa. Hacía la casa. Como Filopemen, aserraba nuestra leña, y comunicaba a todas sus acciones la simplicidad del hacer, guardando en ello su dignidad, pues parecía comprender que el fin ennoblecía todo. Cuando dejé a este buen hombre para entrar en el Hôtel-Dieu como interno, experimentó no sé qué dolor sombrío al pensar que no podría ya vivir conmigo; pero se consoló con la perspectiva de amasar el dinero necesario para los gastos de mi tesis, y me hizo prometer que iría a verlo los días de salida. Bourgeat estaba orgulloso de mí, me amaba por mí y por él. Si buscara mi tesis, vería que le ha sido dedicada. En el último año de mi internado, yo había ganado bastante dinero para devolver todo lo que debía a este digno auvernés comprándole un caballo y un tonel; se puso furioso de cólera al saber que yo me privaba de mi dinero, y sin embargo estaba encantado de ver sus deseos realizados; reía y me regañaba, miraba su tonel, su caballo, y se enjugaba una lágrima diciéndome:

«¡Está mal! ¡Ah, qué hermoso tonel! Ha hecho mal, el caballo es fuerte como un auvernés».

»No he visto nada más conmovedor que esta escena. Bourgeat quiso absolutamente comprarme ese estuche guarnecido en plata que ha visto en mi gabinete, y que es para mí la cosa más preciosa. Aunque embriagado por mis primeros éxitos, jamás se le escapó la menor palabra, el menor gesto que quisieran decir: "¡A mí se debe este hombre!". Y sin embargo, sin él, la miseria me habría matado. El pobre hombre se había exterminado por mí: no había comido más que pan frotado con ajo, para que yo tuviese café para bastar a mis vigiliass. Cayó enfermo. Pasé, como imagina, las noches a su cabecera, lo saqué adelante la primera vez; pero tuvo una recaída dos años después, y a pesar de los cuidados más asiduos, a pesar de los mayores esfuerzos de la ciencia, debió sucumbir. Jamás rey alguno fue cuidado como lo fue él. Sí, Bianchon, intenté, para arrancar esta vida a la muerte, cosas inauditas. ¡Quería hacerlo vivir lo bastante para hacerlo testigo de su obra, para realizarle todos sus votos, para satisfacer el único agradecimiento que me ha llenado el corazón, para apagar un fuego que me quema todavía hoy!

—Bourgeat —reanudó tras una pausa Desplein visiblemente emocionado—, mi segundo padre, murió en mis brazos, dejándome todo lo que poseía por un testamento que había hecho ante un escribiente público, y fechado el año en que habíamos venido a alojarnos en la cour de Rohan. Este hombre tenía la fe del carbonero. Amaba a la Santísima Virgen como hubiera amado a su mujer. Católico ardiente, nunca me había dicho una palabra sobre mi irreligión. Cuando estuvo en peligro, me rogó que no escatimara nada para que tuviese los auxilios de la Iglesia. Hice decir todos los días la misa por él. A menudo, durante la noche, me manifestaba temores sobre su futuro, temía no haber vivido bastante santamente. ¡El pobre hombre! Trabajaba de la mañana a la noche. ¿A quién pertenecería pues el paraíso, si hay un paraíso? Fue administrado como un santo que era, y su muerte fue digna de su vida. Su cortejo fúnebre no fue seguido más que por mí. Cuando hube puesto en tierra a mi único bienhechor, busqué cómo saldar mi

deuda con él; me percaté de que no tenía ni familia, ni amigos, ni mujer, ni hijos. ¡Pero él creía! Tenía una convicción religiosa, ¿tenía yo el derecho de discutirla? Me había hablado tímidamente de las misas dichas por el reposo de los muertos; no quería imponerme este deber, pensando que sería hacer pagar sus servicios. Tan pronto como pude establecer una fundación, di a Saint-Sulpice la suma necesaria para hacer decir allí cuatro misas al año. Como la única cosa que yo puedo ofrecer a Bourgeat es la satisfacción de sus píos deseos, el día en que se dice esta misa, al comienzo de cada estación, voy allí en su nombre, y recito por él las oraciones requeridas. Digo con la buena fe del que duda: «Dios mío, si hay una esfera donde pones después de su muerte a los que han sido perfectos, piensa en el buen Bourgeat; y si hay algo que sufrir por él, dame sus sufrimientos, a fin de hacerlo entrar más rápido en lo que se llama el paraíso». He aquí, querido amigo, todo lo que un hombre que tiene mis opiniones puede permitirse. Dios debe de ser un buen diablo, no podría guardarme rencor. Se lo juro, daría mi fortuna para que la creencia de Bourgeat pudiera entrarme en la sesera.

Bianchon, que cuidó a Desplein en su última enfermedad, no se atreve a afirmar hoy que el ilustre cirujano haya muerto ateo. ¿No les gustará pensar a los creyentes que el humilde auvernés habrá venido a abrirle la puerta del cielo, como le abrió antaño la puerta del templo terrestre en cuyo frontón se lee: *A los grandes hombres, la patria agradecida?*

París, enero de 1836.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB